

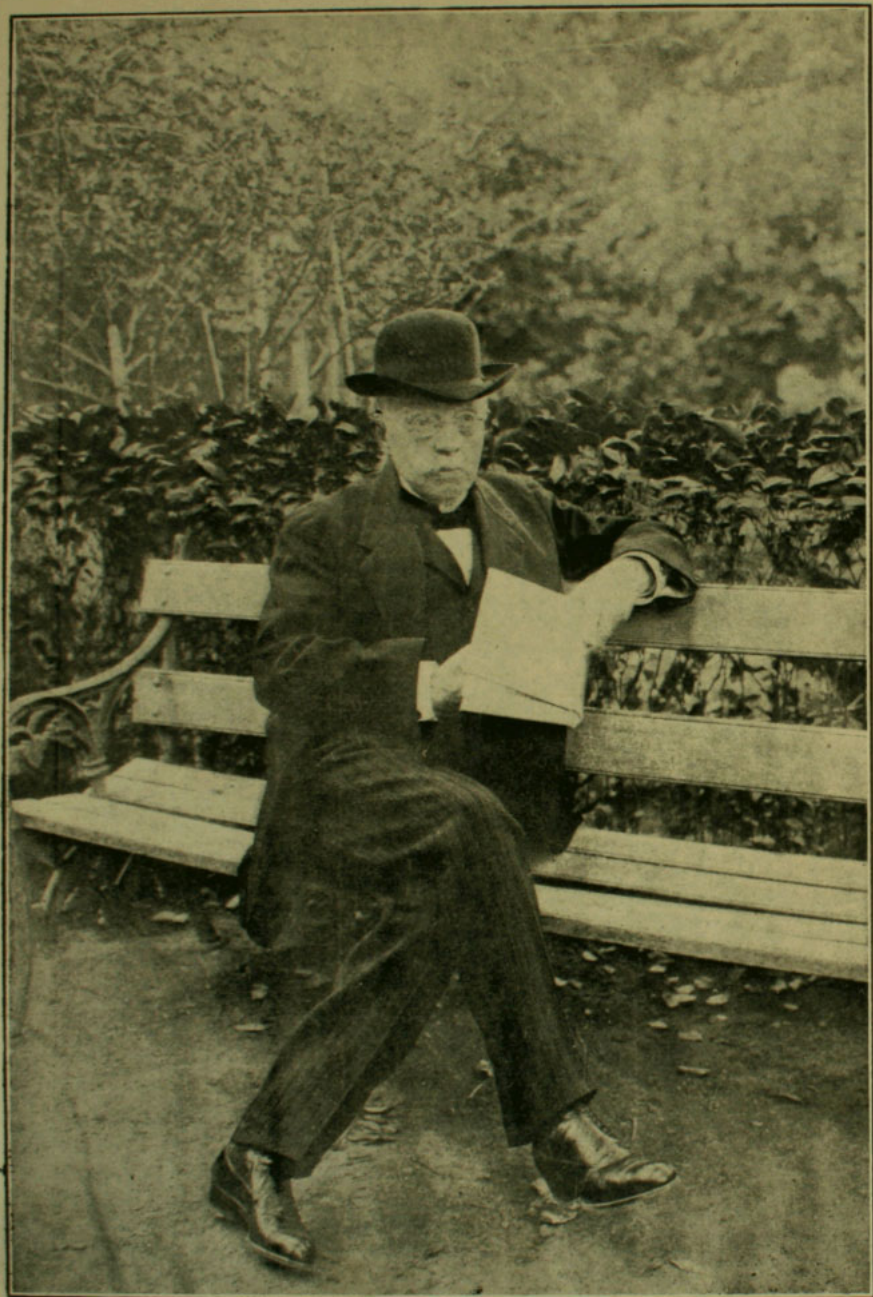


NOV.
1915

PACIFICO

MAGAZINE

Precio:
UN PESO



Lang-Mark

Don Enrique Mac-Iver

Por

Armando Donoso

Con ilustraciones fotográficas

Cincuenta años... cincuenta años de actividad constante, de labor infatigable, de acción ímproba y cotidiana; diez lustros de ininterrumpida existencia política que han acrecentado con el oro de la experiencia el caudal de su sabiduría; una vida, una larga y fecunda vida que declina en su otoño tranquilo, después de haber sido opima en frutos en el estío de su mocedad y de su madurez; una tranquila ancianidad, en fin, sobre la cual la nieve de los años ha deshecho su blancura... tal se nos aparece ante nuestra curiosidad la severa figura apostólica de don Enrique Mac-Iver.

Pocos, contados, para ser tenidos en los dedos de la mano, son los hombres que aún quedan de aquella generación inolvidable que se formó a promedios del siglo pasado cerca de los Lastarria, de los Matta, de los Gallo. Casi todos se han ido llevándose con ellos el tesoro de muchos recuerdos interesantes, que la muerte arrebató a la historia. Y como la historia de aquella época está aún por escribirse, las generaciones venideras sólo habrán de recurrir al testimonio de los documentos fríos, sin vida, en los que solo se estampa aquello que conviene a los que los redactaron y nunca la verdad intacta, la verdad vivida, la verdad pequeña y humana. Quién nos hará ver de cerca, en todas sus intimidades, en su carácter total, a los fundadores del radicalismo chileno? Sus cartas andan desperdigadas, muchas se han extraviado y en la mayoría de estas ellos no fueron enteramente francos para mostrar intactos sus corazones y sus sentires; y el tiempo, el tiempo inexorable, también se ha ido con los que fueron sus discípulos predilectos y apenas si quedan

de aquellos días algunos recuerdos dispersos, tantas enseñanzas mal aprovechadas, el hierro de las doctrinas enmohecido y uno o dos hombres que viven con tristeza en la época de venalidad actual, evocando la memoria de aquel entonces en que los hombres eran grandes y sus pequeñeces chicas por la inversa de nuestro presente en que los hombres son chicos y sus pequeñeces grandes. Entonces, como lo ha recordado con honda amargura Mac-Iver, los hombres públicos iban al gobierno a servir los intereses públicos mientras que hoy tantos de nuestros hombres públicos van a la Moneda a servir los intereses privados.

Es justo que quien como Mac-Iver vivió en medio de los más honrosos días de nuestra República, cerca de Lastarria, de don Manuel Antonio Matta, de Gallo; que supo del apostolado de las ideas y de los sacrificios que no se calculan según los intereses que han de rendir; que vió muy de cerca tirar más de una vez una fortuna para hacer una revolución en defensa de un credo; justo es que se sienta alejado de los hombres de hoy que ni por el carácter, ni por el convencimiento, ni por el corazón pueden decirse herederos o continuadores de los apóstoles de ayer. ¿Qué causa individual, qué razón colectiva han influido en la ausencia de carácter de nuestros políticos y en el relajamiento total de las ideas? ¿Dónde y entre quienes buscar hoy a los Recabarren, a los Rodríguez, a los Matta, a los Amunátegui, a los Valdivieso, a los Irrarrazabal, a los Lastarria, a los Rengifo? Si ayer la política fué patrimonio de los hombres de estudio y pudieron sentarse en el Congreso poetas y legisladores, filósofos y

novelistas, historiadores y apóstoles de la investigación. hoy, desgraciadamente, no faltará en nuestras Cámaras más de un diputado que haga burla del divino Apolo y otro que lamente la preferencia fácil que se dá entre nosotros a un queso sobre una estrofa....

Henos aquí ante don Enrique Mac-Iver: de corta alzada, delgado, enjuto, ágil en todos sus movimientos, tranquilo y reposado en el hablar, jovial y decididor, a pesar de sus años parece renovarse en él toda la inquietud de la mocedad. Conserva su memoria fresca y viva, a veces apenas si tiene que realizar un leve esfuerzo cuando se propone evocar fechas, hombres y cosas distantes que ha dejado olvidadas hace ya muchos lustros en el último rincón de sus recuerdos. Cuando fluye a flor de labios una interrogación nuestra, apenas si vacila un instante concentrando su atención y luego brota de su memoria, como un chorro cristalino, el hilo ininterrumpido de su charla de la que van cayendo los recuerdos uno a uno:

—Yo he vivido tanto—nos dice.—Comencé en la época en que terminaba la primera generación: yo conocí al Presidente Prieto; a don Manuel Montt como Presidente de la Corte Suprema siendo yo abogado; a don Antonio Varas...

Habla lenta, pausada, rítmicamente, sin vacilaciones, sin atropellos: su disciplina y su hábito de orador se traducen en la fluidez de su verba, en la inflexión amplia de la frase, en la majestad del concepto. Nosotros pensamos que si en este instante en que le oímos alzase un tono su voz e hiciese un ademán tribunicio, todo esto que nos dice podría constituir un severo y bello discurso. De tal modo se habla es correcto, su vocalización tersa, su seguridad de pensamiento uniforme. Sin embargo, no creamos que en la simple charla el énfasis no le abandona o que hay en su expresión algún amaneramiento: tal vez en quien se hubiese formado en la escuela oratoria de los Castelar o de los Errázuriz, donde el aseo de la palabra está por sobre la acción de la idea; podría la influencia del gesto

rotundo y del vocabulario altisonante llegar a constituir una costumbre. Pero Mac-Iver procede de otra filialción enteramente diversa: formado en el gusto de la escuela inglesa, por tradición de raza y gusto personal, la primera virtud que aprendió en ella fué la sobriedad; y, para ser sobrio antes logró ser sereno. Todas sus facultades naturales se purificaron en el crisol de severas disciplinas: Stuart Mill, Macaulay, Spencer. La lógica, el razonamiento, la precisión científica, realizaron insensiblemente el cultivo esmerado de sus facultades y cuando estuvo maduro el orador se reveló de un golpe, sin vacilaciones ni tanteos.

Nacido don Enrique Mac-Iver en Constitución recuerda con entrañable cariño su ciudad natal, que en la mitad del pasado siglo era uno de los primeros puertos de Chile. Allá, en el pequeño cementerio, cerca del mar, duerme el último sueño su padre y allá conserva también intacto el recuerdo de la casa paterna donde naciera hace setenta años.

—Eso ha cambiado mucho—dice don Enrique, con cierto dejo de tristeza.—Antes había en Constitución una esportación de ocho a diez millones de los antiguos pesos; cuando yo era niño se construían buques de gran tonelaje. Había buenos astilleros y excelentes armadores: uno de los que existe actualmente es hijo de otro de los de aquel entonces... Constitución fué fundada por constructores navales, en tiempo de la Colonia: la mayor parte de ellos eran bizcainos y como Constitución se parecía a Bilbao la llamaban Nueva Bilbao.

—¿En qué época llegó a Chile su padre?

—El año treinta y cinco. Naufragó en Valparaíso durante un temporal; quedó herido yendo a parar al hospital de don Nataníel Cox. Como no pudo volverse a Inglaterra por falta de buque se quedó ahí y se empleó en la casa de don Juan José Vives. Años después llegó a Constitución y contrajo matrimonio.

—¿No recuerda haber realizado algún viaje por mar durante los años de su infancia?

—El viaje más antiguo de que tengo memoria me dicen que debe haber sido por el año cincuenta y dos: fuimos a Valparaíso y nos volvimos a Constitución por mar. Recuerdos precisos no tengo sino impresiones vagas: una tempestad, creo que al llegar a Valparaíso...

—¿En qué colegio hizo su educación de humanidades?

—De Constitución me trajeron al colegio de los Padres Franceses de Valparaíso...

Solicitamos una pequeña interrupción para verificar la autenticidad de la noticia que dá uno de sus biógrafos haciéndole aparecer como alumno del Colegio Británico de Valparaíso y más tarde del Instituto Nacional; pero don Enrique nos dice:



Casa de Constitución donde nació don Enrique Mac-Iver

—Yo no he estado nunca en un colegio propiamente inglés. De niño conocí el inglés familiarmente porque mi abuela, la madre de mi padre, vino a Chile y no aprendió una palabra de español. Así, pues, esto no obligaba constantemente a hablar en aquella lengua; además en nuestra familia se nos enseñó el inglés porque todos los de la casa lo hablaban... Salí de los Padres Franceses y pasé a una casa de comercio; más bien pronto me fui a Constitución. Allí me dió la viruela que me dejó en muy malas condiciones: estuve más de un año de convalesciente. Pasé ese tiempo leyendo cuanto caía en mis manos: entre otros recuerdo que me permití leer 'El contrato social' de Rousseau, por cierto que sin en-

tender nada de él. Y, como ese libro muchos, muchos, una enciclopedia inglesa... de los cuales no saqué gran provecho pero, en fin... En seguida me vine al colegio de los Padres Franceses de Santiago a concluir mis humanidades. Mi padre era un inglés anglicano, profundamente religioso. Nosotros fuimos educados católicamente y, bien claro lo recuerdo, que mis hermanos y yo teníamos que cumplir estrictamente con

nuestros deberes religiosos; en caso contrario, mi padre se disgustaba sobremanera: el hecho de no ir a misa constituía para él una falta grave...

—¿Estima usted que su educación en un colegio de religiosos influyó hondamente en sus ideas para llegar bien pronto, por reacción, a ser un liberal convencido, enteramente contrario a los credos recibidos en el hogar y en las aulas?

—Evidentemente: en Valparaíso nos hacían estudiar, nos explicaban un catecismo de cierta importancia del cual es autor un teólogo italiano, Perrone me parece, que es un ataque dogmático, teológico, contra el protestantismo y una denigración contra los hombres que iniciaron la reforma del sí-

glo dieciseis. Allí se les pinta como a unos miserables, vendidos, sin moral ni ideales. En el catecismo se decía contra ellos cuanto malo es posible decir. Recuerdo que esas enseñanzas me sublevaban mucho: no olvido que un día tuve con nuestro profesor, el Padre Juan, que había sido carlista, una discusión bastante agria sobre la Reforma... Todo ello contribuyó directamente



Doña Leonor Rodríguez, madre de Don Enrique Mac-Iver

en mis ideas. Vea usted como a veces en la enseñanza religiosa no se tiene el tino suficiente para ver en el espíritu de los niños lo que le puede herir o levantar... Terminada mi educación en los Padres pasé a la Universidad.

—De entre sus condiscípulos de aquel entonces ¿a quiénes recuerda?

—Recuerdo de mis estudios de humanidades a Mariano Egaña, a los Marchant Peralta, a Enrique Sanfuentes y de los de leyes a Abraham König, a Miguel Varas, a Galvarino Gallardo, a Domingo Gana, a Jo-

sé Mariano Carrera, a Luis Dávila y a tantos otros a quienes ha segado la muerte. Egaña ha sido tal vez una de las personas que me han tenido mayor afecto.

—¿Era usted estudiante universitario cuando concurrió por vez primera al Club de la Reforma?

—Sí: era estudiante en la Universidad. El Club de la Reforma inició una campaña cuando la acusación de la Corte Suprema. En ella tomaron parte los estudiantes de la Universidad nombrando una comisión que los había de representar ante el Club: dicha comisión quedó compuesta por tres personas: Eduardo Matte, Agustín Concha Vergara y yo. En uno de los mitin celebrados hablé a nombre de los estudiantes universitarios y desde aquel momento quedé de hecho incorporado al Club de la Reforma. Poco después fui secretario del Club siendo presidente Vicente Reyes... Recuerdo que en esa gran reunión hablaron también, y por primera vez, José Manuel Balmaceda y Luis Rodríguez Velasco... Yo causé algún efecto en aquella reunión debido a una causa más física que intelectual en realidad: de estudiante era yo un poco flaco, de estatura baja, no gastaba patilla ni bigote; de modo que mi aspecto no correspondía a mi edad. Así pues todos creyeron oír hablar a un niño de cosas que no correspondían a su edad... El Club estud que se formó entre los años de 1858 y de 1868; sobre todo por los jóvenes que habían pertenecido al partido nacional y por otros afiliados al radical. Entonces formaban entre los radicales muchos que más tarde no lo fueron: por ejemplo, los Matte, Eduardo y Augusto, Demetrio Lastarria, Anibal Zañartu... La persona más calificada del Club, según mi entender, era don Jerónimo Urmeneta, por su edad, por sus servicios numerosos, todos le consideraban con cariño y con respeto... Las ideas del Club no eran nuevas; eran las antiguas ideas radicales que allí comenzaron a ser vulgarizadas: en aquel contacto perdieron su tiesura, su aspecto filosófico, lo cual perjudicaba a todas luces al partido pues mas que una agrupación basada sobre principios humanos parecía una institución que andaba por las nubes. El Club de la Reforma humanizó todo esto y lo esparció por el centro y el sur del país, lo hizo llegar a todas partes; popularizó las ideas liberales en Chile. En

aquella época también las ideas radicales no encontraban la resistencia que tienen hoy, pues en ese entonces la cuestión religiosa no ocupaba el lugar que hoy se le ha dado: el partido radical no era combatido como un partido anti-religioso... Entre los muchachos del Club la figura que miraban con mayor simpatía y cariño era la de Vicente Reyes... En las reuniones que se verificaban en el Club, y este fué el mayor servicio que hizo, se discutían todas las ideas políticas, con mucha amplitud y libertad y con un criterio extremadamente liberal. Si es cierto que el programa del Club era radical, sus hombres no aparecían con el ceño adusto que caracterizaba al radicalismo de entonces.... En 1871 el Club casi tomó la dirección de la campaña presidencial en que los partidos radical y reformista y una fracción liberal levantaron la candidatura de don José Tomás Urmeneta contra la de Errázuriz. Fué ese el candidato de lo que se llamaba la fusión liberal conservadora.

—¿No intentaron alguna vez los adversarios políticos dar un golpe contra el Club?

—Eso no era fácil: el Club no podía ser clausurado. Felizmente teníamos garantías al respecto desde los tiempos de don José Joaquín Pérez, un hombre de mucho mundo que había vivido muchos años en Estados Unidos y en Europa y que comprendía demasiado que a golpes no se hace el orden. El Presidente Pérez creó en Chile dos libertades que antes no existían: la de la prensa y la de reunión y asociación. Ese Presidente es el creador de la paz interna entre nosotros y por lo mismo nadie lo recuerda.... El Club de la Reforma tuvo una actitud de franca y tremenda oposición contra el Presidente Pérez, porque en esos años se mantenía viva una lucha partidaria que agrupaba por un lado a los antiguos nacionales, a los reformistas y a los radicales y por otro al partido de gobierno formado por los conservadores y los que llamaban los liberales moderados, la fracción liberal conservadora....!

—¿En el Club de la Reforma conoció usted a Balmaceda?

—Sí. Era yo estudiante universitario de Práctica Forense y veía frecuentemente a Balmaceda. En el mitin del Club pronunció Balmaceda un discurso que llamó mucho la atención, abiertamente liberal. Balmaceda había evolucionado completamente hasta las

ideas radicales. Formaba parte del Club y creo que había sido uno de sus fundadores. Por ese entonces, tal vez en 1868, le conocí y llegué a ser muy amigo con él. Era él algunos años mayor que yo y se le contaba como a uno de los jóvenes de más prestigio en la sociedad: rico, de familia distinguida, y con un brillante porvenir.

—Cuando no se trataba de simples campañas políticas ¿cuál era la acción cultural del Club?

—Continuamente se verificaban en el Club



Don Enrique Mac-Iver, padre de don Enrique

reuniones y se dictaban conferencias destinadas a ilustrar. Recuerdo que en muchas de ellas tomó parte sobresaliente Balmaceda. Las figuras descolantes en el Club eran: he hablado ya de don Jerónimo Urmeneta; los Arteaga Alemparte, Vicente Reyes, José Manuel Balmaceda y otros muchos cuyos nombres se me escapan. Me dicen que de ese Club sólo quedan vivas seis personas: Victorino Garrido, Abraham König, Vicente Reyes, Luis Martiniano Rodríguez... El Club tuvo una influencia enorme, decisiva en el país, sobre todo en el desenvolvimiento de las ideas liberales.

Bruscamente se abre una puerta en el fondo de la pieza: penetra en ella un hijo



Don Enrique Mac-Iver en 1870

de don Enrique, le dice algo al oído, a lo cual asiente con un leve movimiento de cabeza el anciano y luego aquel abandona la sala de trabajo. Continuando el hilo de los recuerdos, le preguntamos:

—¿Conoció de cerca a don Domingo Arteaga Alemparte?

—La de Domingo Arteaga estimo yo que ha sido una de las más altas personalidades intelectuales chilenas... El año 75, durante la recomposición de los partidos y cuando se constituyó la Alianza Liberal, Domingo Arteaga en lugar de embarcarse en ella la rechazó y fué quien le aconsejó a Balmaceda que la resistiera. Eso le acarreó el disgusto de la juventud radical de la que hasta entonces había sido propiamente nuestro jefe. Don Manuel Antonio Matta no tenía una acción tan eficaz sobre la juventud radical: Arteaga era el alma de ella. Pero desde este momento se produjo una escisión: si esto no acontece tengo la seguridad que el sucesor de don Aníbal Pinto, no habría sido Santa María sino Domingo Arteaga... Desgraciada-

mente en su último tiempo Domingo Arteaga se apagó, por completo: agrilado, triste, comenzó por aislarse totalmente en su retiro. Don Isidoro Errázuriz, que era un ingenio preciso y tremendo para juzgar a un hombre en una frase, decía de Domingo Arteaga, con una expresión de un Ministro de Felipe segundo, que era un ajo confitado... Y es preciso recordar que en esos tiempos en que nadie reparaba por hacer cualquier sacrificio en pro de sus ideas, no podía menos que chocar el egoísmo reconcentrado y calculador de Domingo Arteaga: Gallo botaba su fortuna y la que había heredado de su madre por hacer una revolución y don Manuel Antonio Matta daba cuanto tenía por hacer servicios políticos. El ejército del Norte en el año 59 fué mantenido por Gallo y por don Felipe Matta.... Ya, en sus últimos años, el pobre Domingo Arteaga se encontraba decaído, acongojado, deshecho. Recuerdo que en una sesión de las Cámaras en que se discutía la cobranza en oro de los derechos aduaneros, encontró este proyecto mucha resistencia en dos diputados. Yo contesté los discursos de ambos tomándolos un poco a la broma, pero tal vez con excesiva dureza. Después de la sesión, al atravesar por uno de los pasillos, me encontré con Domingo Arteaga quien, encarándome, me dijo: "Ud. ha abusado de la debilidad de mis amigos"... Profundamente extrañado yo le pregunté que en qué forma y el me dijo que yo aprovechaba mi superioridad sobre ellos para ponerlos en ridículo. Como a pesar de mis explicaciones él insistiera en su reclamación le repliqué: "¿Por qué no los defendió Ud.?" A lo cual me repuso con cierto dejo de tristeza: "¡Si yo conservase mis facultades de antes!"... Esto me explicó su apagamiento, su total olvido a pesar de su enorme talento y de ser uno de los hombres de más valer que hemos tenido... ¡Ah, los hombres de ese tiempo eran hombres de Plutarco: si tenían flaquezas no se las veía!

—¿Qué recuerdos conserva de don Manuel Antonio Matta?

—Don Manuel Antonio era un apóstol, todo corazón. Yo recuerdo haberle oído hablar por primera vez en una asamblea que se verificó en un centro radical que había en la esquina de Catedral y Morandé. Yo no le conocía: su figura, su manera de decir, su pensamiento, el entusiasmo que fluía de él me hicieron el efecto de ver en él un

apóstol con cierta unción religiosa. Después lo conocí personalmente, en la intimidad; no tengo idea que haya podido existir en este país un hombre moralmente más grande. Sus ideas políticas eran muy netas como también su filosofía. Procedía de la escuela inglesa de Stuart Mill. Su manera de decir solía ser un poco oscura y por eso no siempre se le comprendía bien en todo el alcance de sus doctrinas y de sus enseñanzas. Tenía la debilidad de creer que todos los radicales eran santos y le causaba pena cuando yo no encontraba a todos mis correligionarios de talento superior y dignos del cielo... Era don Manuel Antonio extremadamente culto, de una afectuosidad extrema, de modales de dama. ¡Qué bondadoso era! No olvidó cuando fuimos a Rengo, a una gran manifestación política, durante la elección presidencial del año 71. Nos tocó alojarnos en casa de un caballero de la ciudad. Yo he dormido generalmente mal por las noches y aquella, con las agitaciones del día, debe haber sido peor que ninguna. En medio de mi sueño noté en la noche que me arreglaban dos o tres veces la ropa, con solícito cuidado. Y, tan sólo en la mañana, al venir el día, vi que era nada menos que don Manuel Antonio quien me tapaba cuando la ropa del lecho me dejaba descubierto.

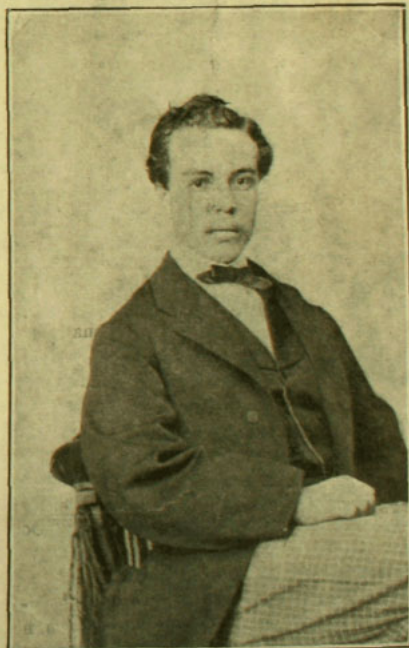
—¿Don Manuel Antonio tenía fortuna?

—Sí, pertenecía a una familia rica que tenía minas valiosas en el Norte. Las dirigía don Felipe, pero cuando murió éste y se descompuso mucho el negocio minero en Chile, don Manuel se vió obligado a realizar un largo viaje a fin de atender de cerca el negocio y poder velar por los intereses de todos los suyos.

—Respecto de su amor propio literario, ¿recuerda usted algún rasgo curioso?

—No lo tenía, porque no tenía ninguno de los pequeños defectos que nos aquejan; pero don Manuel se preciaba de escribir muy gramaticalmente, muy a la española y conocía en efecto el idioma extraordinariamente, como que también había sido discípulo de don Andrés Bello. Gustaba mucho del empleo de palabras arcaicas. Toda nuestra fraseología parlamentaria es de don Manuel Antonio Matta... Recuerdo que era muy oportuno para las interrupciones en la Cámara. En cierta ocasión se discutía el artículo quinto de la Constitución sobre la libertad religiosa. Yo estaba en la barra,

pues desde muchacho fui muy barrero. El diputado por Rere, don Joaquín Larraín Gandarillas, un sacerdote muy respetable, decía en su discurso al hablar del protestantismo: "Allí donde se ven religiones fundadas por sastres y por zapateros"; lo cual interrumpió de pronto don Manuel Antonio Matta para decir: "Como otras por carpinteros"... Otra vez se discutía en la Cámara la cuestión de unos buques traídos por Vicuña Mackenna de Estados Unidos. Al hacer la prueba de uno de dichos buques, en Valparaíso, no habían conseguido hacerlos andar. Benjamín Vicuña pronunciaba un discurso queriendo probar en la Cámara la facilidad del andar del buque susodicho, que era el "Poncas". De pronto, en el momento en que Vicuña Mackenna pretendía probar la bondad del "Poncas" en su andar, don Manuel Antonio le interrumpió: "Como la yegua de Orlando"... ¿usted sabe que la yegua de Orlando no andaba. Esta interrupción no podría hacerse hoy en la Cámara porque nadie entendería la cita; pero, en aquellos años, todos conocían el poema del



Don Enrique Mac-Iver en 1864

Ariosto... Sin embargo, don Manuel Antonio no era nunca perezoso; era de una pureza de carácter y de costumbres admirables. Nadie le conoció nunca un desliz en la vida. Alguien dijo que tuvo inclinación por una muchacha suiza a quien le dedicó una composición... Don Manuel Antonio era más que un político un filósofo: estaba empapado en el pensamiento alemán: Conocía a Kant y a Hegel como raras personas les han conocido aquí. Su gusto por los estudios filosóficos era muy decidido.

—¿Fue amigo de don Guillermo Matta?

—A Guillermo lo conocí mucho. Era un niño grande, un alma de oro. Guillermo era un poeta, un poeta y nada más. Sin embargo, como funcionario, en los empleos que sirvió, se condujo como nadie: era muy cumplidor... Su oratoria arrastraba. Yo le oí una noche en el Teatro Municipal: debe haber sido

el dieciocho de septiembre de 1865. Había llegado la escuadra española a Valparaíso: no se ignoraba que venía con la exigencia de obligarnos a saludar su bandera o, de lo contrario, se nos declararían la guerra. Recuerdo haberle oído a Guillermo varias frases y tres o cuatro estrofas. Jamás he experimentado un efecto igual: nunca he visto arrastrar a la gente en esa forma.

—¿También conoció usted muy de cerca a don José Victorino Lastarria?

—Sí. Fue muy amigo con uno de los hi-

jos de don Victorino, con Daniel Lastarria, en una época en que vivía en una antigua casa de la subida del cerro, que hoy ha desaparecido. Entonces se reunía allí la Academia de Bellas Letras. En seguida ví mucho a don Victorino en las Cámaras. Esto era allá por los años de 1864 o 65, más o menos. Entre la juventud era muy res-

petado aunque no tenía sobre ella el ascendiente de los jefes radicales. No era Lastarria un hombre popular entre ella: Guillermo Matta y Vicente Reyes eran, por la inversa de don Victorino, los ídolos de la juventud de entonces: Lastarria no tuvo nunca esa comunicación constante con los jóvenes que les hace verlos muy de cerca... Don Victorino ha sido tal vez uno de los oradores que más impresión me ha causado. Desgraciadamente, en sus últimos años, había tomado la mala costumbre de llevar su discurso escrito y lo desimulaba en los pliegues de



UN GRUPO ANTIGUO.—De pie: Señores Manuel Barros, Leoncio Rodríguez y Diego Antonio Rodríguez.—Sentados: Señores Enrique Mac-Iver, Javier Gana y Augusto Orrego Luco

su capa, lo cual le hacía perder mucho en espontaneidad y en fluidez. Porque Lastarria hablaba como escribía, con la misma perfección y análoga elegancia. Yo le conocí bastante aunque no estuve siempre muy cerca de él. Una noche estaba en el palco cueva del Municipal, en el cual se reúnan los Matte, don Miguel Luis Amunátegui, don José Victorino, don Jorge Huneeus y muchos otros. Como alguien hablase de un discurso que yo había pronunciado recientemente y sin advertir yo que don Victorino estaba



Don Enrique Mac-Iver en 1886

presente, me puse a hablar de política llegando hasta afirmar que entre nosotros antes de 1864 no existían verdaderamente doctrinas políticas liberales, pues todo nuestro credo liberal se basaba en pedir la reforma de la Constitución. En buenas cuentas me permití expresar que entre nosotros no existía un concepto claro del liberalismo. Nunca debí de haber dicho tal: don José Victorino que me oía se indignó hasta el punto que lo menos que me dijo fué que yo era un ingrato. Felizmente don Jorge Huneeus arregló las cosas alegando que don José Victorino había formado a don Miguel Luis, don Miguel Luis a él y él a su vez era mi maestro, con lo cual todo podía explicarse por una sucesión de causalidad... Felizmente más tarde, cuando se discutió en la Cámara la jubilación de don Victorino, yo pronuncié un discurso con el que obtuve un feliz éxito habiendo conseguido allegar razones decisivas en favor de él: se votó dicha jubilación con una feliz mayoría. Con este motivo don Victorino me fué a ver y a agradecerme mi afortunada participación en su favor.

—Mediaba una amistad estrecha entre don Manuel Antonio Matta y don José Victorino Lastarria?

—Tanto como estrecha creo que nó: Don Manuel Antonio tuvo siempre mucho respeto por don Victorino y éste lo mismo por aquel. Don Manuel Antonio era hombre de estudio, de inteligencia superior, de ilustración muy vasta, de criterio muy elevado, de ideas netas y definidas; don José Victorino Lastarria fué más un profesor que un político a pesar de la actuación brillante que le cupo tener en las Cámaras del 48 y del 49 y veinte y más años después. Los autores europeos ejercían mucha influencia en él y gradualmente evolucionó, desde las enseñanzas de los constitucionalistas de la primera mitad del siglo XIX, hasta lo que él llamó la política positiva. Sus aspiraciones fueron las de un ardiente liberal pero sus ideas prácticamente se caracterizaron en la reforma, no siempre acertada de la Constitución de 1833.

—¿Fué amigo usféd, también, de don Isidoro Errázuriz? ¿Qué recuerdos conserva de él?

—El de Isidoro Errázuriz fué tal vez uno de los cerebros más poderosos que hemos tenido en Chile. Contaba una educación política muy extensa, tenía conocimientos muy generales y facultades combativas de primer orden: con una frase mataba a un hombre. En el Club de la Reforma de Valparaíso le cupo una acción muy directa, porque estos



En su sala de trabajo



Don Enrique Mac-Iver en 1872

Club existían en muchas partes. Isidoro Errázuriz era de la misma época de los Arteaga, de Vicente Reyes, de todos los jóvenes que comenzaron el 57 y el 58. Isidoro desarrolló su oratoria parlamentaria un poco tarde, pero desde su primera juventud fueron admiradas sus cualidades tribunicias; él no hablaba, pintaba. Tenía el talento de los contrastes y un talento enorme para hacer frases que en otros hubieran resultado una enormidad... Ante el pueblo, en el mitin, Isidoro constituía un poder muy grande, sabía ir derecho al corazón. La frase no la hablaba, la esculpía, quedando estampada como en marfil. En la Cámara tenía un defecto: defendía muchas causas y a veces solía crearse situaciones difíciles. Defendió y combatió a todos los partidos: nació como radical y el radicalismo lo amparó mucho levantándolo a una situación de prestigio... En cierta ocasión apareció un protocolo firmado por Isidoro con un Ministro extranjero en el cual complicaba al país en responsabilidades graves. Mucho se habló de eso, más, había sido hecho con el mejor móvil del mundo, a fin de facilitar nuestras relaciones internacionales. Isidoro Errázuriz vale mucho más que la reputación moral que se le ha creado: era

voluble, inconstante, pero un gran cerebro y su gran espíritu.

Transcurre un instante. Como la conversación ha sido larga y sostenida don Enrique Mac-Iver se siente fatigado. Me despidió de él para regresar al siguiente día...

Día miércoles, tarde a la tarde, a la hora en que el sol muere en los tejados y el incendio crepuscular comienza a bañar la ciudad y las lejanías más remotas. Reina en la sala una penumbra suave, propicia al recogimiento. De pronto se abre una puerta y aparece don Enrique, con paso ágil y gesto amable... Los minutos que vuelan son preciosos: iniciamos inmediatamente y sin rodeos nuestras preguntas:

—¿Qué parte tomó usted en la acusación al Intendente de Valparaíso en 1876?

—Yo me estrené en la Cámara con esa campaña, hablando en contra de la acusación que era un asunto político, de partidos. Me designaron los radicales para que hablara a nombre de ellos a fin de sostener la no aceptación de la acusación. Promovió este asunto un debate muy largo y muy acalorado en el cual tomaron parte los principales oradores de la Cámara: Isidoro Errázuriz por el lado de la acusación. Fué un debate que constituyó un ataque a la situación política: el Intendente de Valparaíso era todo el gobierno: cuñado del Presidente de la República y un hombre que tenía una altísima situación en el partido liberal. Yo hablé al fin del debate para fundar un voto.

—¿Qué recuerdos conserva del año 78? ¿Cuál fué su actuación antes, y después de la guerra del Pacífico?

Cavila un instante don Enrique Mac-Iver y, en seguida, como concentrando todos sus recuerdos en un sólo punto, nos dice, hablando lentamente:

—Antes de la guerra del 79 hubo un preliminar largo que fué la amenaza de guerra con la Argentina. A fines de 1878 estuvo a punto de estallar la lucha entre ambos países. También en esa fecha veíamos muchos venírsenos encima la guerra con el Perú y Bolivia y yo recuerdo que, en una sesión secreta de la Cámara, dije que por evitar la guerra con la Argentina seguramente la iríamos a tener con las tres repúblicas.

Era la lucha por la vida, creí que la riqueza la sabríamos aprovechar muy bien y no hemos hecho otra cosa que dilapidarla... El conflicto con el Perú y Bolivia vino cuando se hacían las elecciones del año 79, en las que el Gobierno combatió a ciertas fracciones liberales y especialmente a los radicales con crueldad. Naturalmente cuando la guerra vino y todos pensaban que era necesaria la unión de todos los chilenos, nació la cuestión ministerial de que no podían unirse cuando se tenía al frente un Ministerio que había atacado sin respeto a la ley y a los hombres. Es preciso que le recuerde que, desde el año 75, se encontraba asentada la Alianza Liberal que había gobernado hasta ese año 79; pero en esa fecha de la declaración de guerra algunos liberales reaccionarios se unieron con los conservadores e intentaron realizar un movimiento de reacción. Era Ministro del Interior don Belisario Prats. El Congreso se reunió para declarar la guerra el 3 ó 4 de abril del 79, en sesión secreta.

Mientras se detiene un instante en la evocación de sus recuerdos don Enrique Mac-Iver, aprovechamos el momento para hacer un paréntesis formulando una pregunta curiosa:

—¿Es cierta aquella anécdota que pinta el coronel Godoy saliendo de una sesión rigurosamente secreta del Consejo de Estado y, al encontrarse con una persona conocida, decirle, no pudiendo contener su entusiasmo: "¡Al fin le declaramos la guerra al Perú!"?

Por única respuesta don Enrique lanza una carcajada fresca y espiritual; y, con la expresión de la hilaridad aún reflejada en su rostro, nos responde:

—Sí, es cierta... y es muy curiosa...

—¿Qué impresión conserva de aquellos días?

—Lo que caracterizó aquella guerra fué la confianza absoluta del país en el éxito. Esa confianza era de tal naturaleza que habría existido lo mismo si la guerra hubiera sido no solo con el Perú y Bolivia sino también con

Argentina. Se confiaba mucho en la energía nacional y en la eficacia de la administración. Fué peculiar en esa guerra el hecho de que no la hiciera ningún general ni la dirigiese en sus aspectos principales el Gobierno. La realizó el país, la dirigió el país, el pueblo, la opinión pública. La campaña de Tarapacá, la de Tacna, la de Lima fueron obra de la opinión o impuestas por la opinión... Vea usted lo que está pasando hoy en Inglaterra: exactamente lo mismo pasó aquí en la política. Desde luego, el Gobierno no cambió de rumbo políticos; mantuvo la situación de la Alianza Liberal. Hubo entera libertad para criticar al Gobierno en el Congreso y fuera de él. No hubo censura ninguna: se procedió en todo con mayor libertad de lo que se procede ahora en Inglaterra. Las críticas y censuras a los directores de la guerra



Don Enrique con el menor de sus nietecitos en sus brazos.

eran tremendas a veces. Uno de los Ministros de aquella época, don Miguel Amunátegui, decía una vez (a propósito, él no llamaba al público sino *la fiera*): "¿Qué le decimos hoy, qué le damos de comer a la fiera". Esto da una idea del contacto en que se encontraban el pueblo y la opinión con el Gobierno mismo... Recuerdo que fueron días de honda impresión aquellos que trascurrieron entre las primeras noticias recibidas del combate de Iquique y las noticias sobre el resultado del combate. Ah, en esos días el



Don Enrique Mac-Iver en 1891

Gobierno temió más de una vez las exaltaciones populares.

—Cuando, después de la guerra, regresaron las tropas a Santiago ¿conserva usted alguna impresión particular?

—No las yí: iba yo en viaje al sur a buscar a mi familia. No olvido que en el tren en que viajaba sólo iba una persona: una viejecita con su canasto, en el carro de tercera.

Calla un instante la voz de don Enrique; luego, como hablando consigo mismo, dice: "¿Qué lejanas comienzan a verse esas cosas!"

—¿Su primer recuerdo de Balmaceda da-

ta del mitin organizado por el Club de la Reforma?

—Sí, del mitin convocado por el Club para protestar de la acusación de la Corte Suprema. A Balmaceda le conocí mucho y muy de cerca. Lo que predominaba en él era la fantasía. La falta de conocimiento de los principales idiomas vivos limitó en él el campo del estudio y de las lecturas provechosas. Como hombre de imaginación era fácilmente impresionable y la viveza de sus impresiones debilitaba en él considerablemente la contemplación detenida y verdadera de las cosas. Así se explican algunos de sus errores: vió la prosperidad argentina en el regimen del papel moneda y el estupendo desarrollo del Banco de la provincia de Buenos Aires y vinculó la prosperidad de la nación vecina y de su banco provincial no a la riqueza del suelo y a la inmigración, sino a la facilidad del crédito por medio del papel y del banco oficial... Sus pasiones eran vivas aunque no tenaces y persistentes y no era difícil sugerirle ideas y sentimientos conformes con la pasión. La atmósfera que le rodeaba dominaba mucho en el espíritu de Balmaceda. Era un hombre de acción, de extremada acción, aquí donde tan escasos son los hombres que hacen, que ejecutan, que realizan lo que proyectan o piensan. Acrecentaba sus energías la circunstancia de que pasaba muy fácilmente sobre los inconvenientes de las cosas... Quería el mayor bien posible para su país. Sus lecturas romanas le llevaron a formarse una idea cesárea del gobierno y como era el mismo personalista con aquella idea cesárea y su yoísmo se convirtió su persona en la autoridad y la autoridad fué su persona... Deseó gobernar bien pero no pudo o no supo emplear los resortes y los medios para realizar su gran propósito. Creyó que con las obras públicas, con la mejora y extensión de la enseñanza, con la benevolencia para con los partidos podía hacerse todo y no vió o no quiso ver la crisis nacional que amenazaba a la República y que lo amenazaba a él si persistía en conservar el depósito sagrado, como decía, que había recibido de sus antecesores. Ese depósito sagrado era la intervención del Presidente de la República en la designación y elección de su sucesor... Se equivocó, y yo hasta ahora guardo cariñoso el recuerdo del adalid del Club de la Reforma y lloro en mi alma su desgracia y la de mi país... La historia le juzgará.

... de los señores...
 1. Que el presidente de la República...
 2. Que el presidente de la República...
 3. Que el presidente de la República...
 4. Que el presidente de la República...
 5. Que el presidente de la República...
 6. Que el presidente de la República...
 7. Que el presidente de la República...
 8. Que el presidente de la República...
 9. Que el presidente de la República...
 10. Que el presidente de la República...

... de los señores...
 1. Que el presidente de la República...
 2. Que el presidente de la República...
 3. Que el presidente de la República...
 4. Que el presidente de la República...
 5. Que el presidente de la República...
 6. Que el presidente de la República...
 7. Que el presidente de la República...
 8. Que el presidente de la República...
 9. Que el presidente de la República...
 10. Que el presidente de la República...

(Manuscrito)

... de los señores...
 1. Que el presidente de la República...
 2. Que el presidente de la República...
 3. Que el presidente de la República...
 4. Que el presidente de la República...
 5. Que el presidente de la República...
 6. Que el presidente de la República...
 7. Que el presidente de la República...
 8. Que el presidente de la República...
 9. Que el presidente de la República...
 10. Que el presidente de la República...

Facsímil del borrador del acta de deposición del Presidente Balmaceda redactada por don Enrique Mac-Iver

—¿Lo llamó alguna vez al Gobierno Balmaceda?
 —Sí, más de una vez. Recuerdo que en una época en que era Ministro de Relaciones Demetrio Lastarria y Ministro del Interior

don Ramón Barros Luco, no recuerdo en qué año, me llamó a la Moneda y me ofreció la cartera de Relaciones; es decir, el cuero de Demetrio Lastarria. 'Véngase al Ministerio—me decía;—dentro de seis me-

ses reorganizaremos el Gobierno. Sea usted Ministro, luego vendrá Augusto Matte con nosotros; ¡y qué de cosas no podremos hacer!”

—¿Qué recuerdos conserva de la revolución del 91?

—La revolución del 91 fué la crisis de la intervención electoral, un caso único y curioso en nuestra América. Honra a nuestro país y a nuestra raza el que por la defensa de una fórmula de derecho, la de que no se puede gobernar sin presupuestos y sin contribuciones legalmente autorizadas, se sacrificara todo, la paz, la tranquilidad, los bienes y hasta la vida. Conforta este recuerdo de la vitalidad nacional aunque después hayamos sufrido y suframos la depresión consiguiente a tan hérculeo esfuerzo... Los ingleses hicieron algo parecido en el siglo dieciocho, pero allí estaban de por medio las ideas religiosas. Por cierto que ésto nos enaltecé. Quien lea los boletines de sesiones y siga su curso comenzando desde el año 64, puede decir a cada paso: ¿Dónde iré a encontrar la revolución?; de tal modo comenzó de antiguo la defensa del derecho electoral... La revolución del 91 fué una crisis fatal; fué el desenlace de una lucha antigua entre el Gobierno y el país por el derecho electoral, por el establecimiento de la piedra fundamental de la República. No es probable, me parece a mí, que se pudiera o se hubiera podido hacer la conquista de ese derecho pacíficamente, por medio de una evolución lenta y progresiva. El país había crecido mucho; las ideas de libertad y de derecho se habían acentuado extremadamente y no era probable que se tolerase por más tiempo la usurpación del derecho electoral por el Presidente de la República. Aquello deprimía, avergonzaba: Balmaceda fué en parte la víctima de un sistema con el cual había nacido la República.

—¿De los preliminares de la revolución?...

—Cuando nos convencimos que todo estaba perdido procuramos ponernos de acuerdo algunos para decidir lo que podía hacerse. Recuerdo que hablé primero con Eduardo Matte, éste se fué a ver a Agustín Edwards y ambos hablaron con don José Besa. En seguida se le comunicó nuestro pensamiento a Altamirano. Besa y Altamirano tuvieron una reunión con Irrarrázaval, y de este modo se originó el germen de las cosas... Yo

no formé parte nunca, me parece, de juntas ejecutivas revolucionarias, por que nunca me consideré tampoco con las aptitudes del caso; pero, conocía casi todo sino todo lo que pasó hasta los primeros días de enero del 91. Durante uno de esos días, probablemente en los comienzos de enero, después de una larga conversación en que la habíamos estado presente con don Enrique Valdés y otros que habían venido de Valparaíso y en la que tuvimos conocimiento de muchos detalles del movimiento que se proyectaba, me encontré en la esquina del Club de la Unión con un amigo que me refirió con todos sus detalles, el plan del levantamiento de la escuadra, que se me había comunicado bajo la más absoluta reserva; entonces me formé la idea de que los planes de la revolución no eran un secreto muy bien guardado y que se encontraban en conocimiento de muchas personas. Esta idea probablemente hizo precipitar el levantamiento de la escuadra.

—¿Usted fué el encargado de redactar el acta de deposición del Presidente Balmaceda?

—La redacción del acta la hice yo y en seguida se le entregó a don Manuel Irrarrázaval y la enmendó y adicionó, según me parece, don Abdón Cifuentes. La diferencia primordial entre una y otra está en esto: en que en el acta redactada por mí se dá como única causa de la acción del Congreso la proclamación de la dictadura o el intento de gobernar sin presupuestos, y en la otra acta se dan esta causa y las infracciones legales contra el derecho electoral de que se había hecho reo el Gobierno de Balmaceda. Cuando yo firmé el acta sabía yo ya que era más que lo que había redactado.

—¿En qué época salió usted de Chile en viaje a la República Argentina?

—Yo salí en febrero del año 91 por la cordillera, con una comisión que sospeché entonces y me confirmé en mis sospechas después que no tenía más objeto que quitarle los escrúpulos que yo tenía para salir del país en esos momentos. Me fuí a Buenos Aires y de Buenos Aires, por la vía de Bolivia y después de un viaje muy penoso, subí hasta Guanchaca y bajé a Antofagasta, de donde me fuí a Iquique. Cuando llegué a esta ciudad reinaba un malestar grande. Se había constituido el gobierno revolucionario y habían quedado fuera de él los representantes de las ideas liberales del país y había sucedido ésto porque no había personas de

cierta situación especial fuera de don Isidoro Errázuriz que pudiera formar parte de ese gobierno. Se había sufrido la pérdida de las armas que había traído el "Itata". No había cañones, ni rifles, ni comunicaciones. Los cuatro mil Manlicher, que se habían tomado en Valparaíso, carecían de municiones. Creí que se me quería hacer centro de los descontentos y por eso pensé irme a Lima, pero apaciguadas las cosas con la lle-

"El Dictador". Cuando comenzó a discutirse el plan de guerra se había propuesto hacer una campaña a Coquimbo, cuyos resultados se consideraban seguros; luego un desembarco en Concepción, del cual se desistió cuando comprendieron que estaríamos pronto en invierno, que podían cortar los puentes y aislarnos, que los soldados podían quedársenos en el camino; por fin se habló de un desembarco en San Antonio, que



Don Enrique Mac-Iver acompañado de su esposa y rodeado de sus nietos.

gada del "Malpo" quedé de nuevo en Iquique. Serví en los consejos de gobierno cuantas veces me llamaron y me parece que el señor Altamirano y yo, más él que yo, éramos algo así como Ministros sin cartera... En Iquique había dos casas, en la calle Baquedano, que todos llamaban La Monedita, pues allí se verificaban las reuniones. El edecán del gobierno era el almirante Valenzuela, que entonces era, me parece, capitán. En el Norte jamás oí pronunciar el nombre de Balmaceda, todos decían

no encontré acogida por estimarse ser éste un lugar situado a las puertas de Santiago. En una de las reuniones dije una vez que podíamos hacer el desembarco en Quintero; pero Hölley, que estaba presente y con quien éramos muy amigos, me dijo: "¡Estás loco! ¡A quién se le ocurre desembarcar en un puerto y marchar sobre Valparaíso y sobre todo cuando hay que pasar el Aconcagua, en pleno invierno!" Tan absurda se consideró la idea que no se la discutió siquiera y fué rechazada por unanimidad.

Y, vea lo que son las cosas, poco después se resolvía hacer el desembarco en Quinteros, aceptando aquella idea que se había tenido por disparatada... Se vino de allá con la idea de que en una batalla se resolvería el triunfo. Lo que se trajo de allá y no faltó nunca fué la seguridad absoluta del éxito, convicción que no sólo existía en quienes dirigían las operaciones, sino que en la tropa. Cada hombre era un convencido, no de que peleaba por una causa política sino de que peleaba por Chile y por la libertad de Chile. Era una especie de apostolado: venían con el propósito de libertar el sur del país. Antes de haber armas, el ejército revolucionario probablemente no pasaba de cinco mil hombres; días después, sin la menor presión, sin el menor llamado al patriotismo ni a ninguna idea noble, el ejército tenía tantos hombres cuantas armas tenía la revolución.

—Durante los días de excesos cometidos en Santiago ¿contribuyó usted a salvar alguna persona de la venganza de las masas?

—Sí, libré a Allende, a Juan Rafael Allende. El día que llegué a Santiago me mandaron un papellito en que me decían que le iban a trasladar a la cárcel, pero que en su trayecto el pueblo seguramente lo iba a despedazar. Tras muchos tragines ante el jefe de la ciudad conseguí salvarle la vida a un hombre que, seguramente, pudo haber muerto a manos de las turbas enfurecidas.

—¿Durante su estada en Buenos Aires conoció a algunas personalidades interesantes?

—Estuve en la metrópoli argentina como tres meses: me fui en los comienzos de febrero y salí de Buenos Aires para el Norte el 21 de mayo. Allí conocí a Mitre, que recién llegaba de Europa, y al general Roca. A Mitre le visitábamos a menudo y él nos visitaba también. Un día, cuando llegó la noticia de que se había echado a pique el "Blanco" en Caldera, recuerdo que nos hizo una visita Mitre e, ignoro si para consolar-nos, nos dijo, entre otras cosas: "Para la revolución la voladura del "Blanco" equivale al hundimiento de la "Esmeralda" en Iquique". Como es de suponer, nosotros estábamos muy afectados con la noticia del desastre y sobre ella el chaparrón de Mitre no era para hacernos reír; y ésto sin contar que ignorábamos aún la muerte de Valdés,

el obrero más eficaz y laborioso de la revolución... De esta galantería de Mitre debe acordarse muy bien Adolfo Guerrero.

La hora avanza. Es tarde. El cañonazo en el Cerro, que indica el medio día, nos obliga a cortar el hilo del recuerdo que fluye de la memoria fresca de don Enrique Mac-Iver.

—Hasta mañana... hasta mañana, nos dice tendiéndonos la mano franca.

Comienza un suave crepúsculo cuando llegamos a la casa de don Enrique Mac-Iver. En el instante en que penetramos en la sala de trabajo está sumergido entre un alto de papeles, legajos, libros y periódicos. Cuando advierte nuestra presencia se levanta rápidamente y se apresta al sacrificio de nuestro interrogatorio.

¿Cuál fué su actitud—le decimos—como Ministro de Hacienda durante el Gobierno del almirante Montt?

Mientras él cavilla un instante repasamos en nuestro recuerdo lo que le hemos oído en cierta ocasión a don Abraham König: "Si hubiéramos hecho la conversión cuando la propuso Mac-Iver—recordaba el señor König—otra suerte tendría nuestra Hacienda hoy: pensar que el proyecto de Mac-Iver consistía en una cuenta tan sencilla como la de las viejas: enterar un fondo de acumulación igual al del circulante hasta que se hubiera podido hacer la conversión... pero en este país estas cosas no las entenderán jamás!"

—Cuando tuve la cartera de Hacienda durante el Gobierno de don Jorge Montt—recuerda don Enrique—presenté un proyecto de conversión de papel moneda, que entonces era una aspiración verdaderamente nacional. Ese proyecto fué considerado bueno pero encontró de parte de los conservadores una resistencia invencible, que se manifestó sobre todo en al Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados. Me convencí que el proyecto no pasaba porque era yo su autor, o, mejor dicho, porque provenía de un Ministro de filiación radical. Trabajé entonces otro proyecto, que presenté a la Comisión como propio don Eduardo Matte. Era y tenía que ser inferior al anterior, pero ante este otro proyecto cedió la resistencia conserva-

dora y él constituyó la ley de conversión de ese entonces.

—En esa resistencia contra su proyecto ¿no mediaría un interés político determinado?

—Seguramente. Como entonces se incubaba la candidatura presidencial de Federico Errázuriz Echáurren, del que era amigo pero a quien yo no podía apoyar, y tal vez porque se presentaba en mí un adversario de esa candidatura a quien se creía muy in-

—¿Qué recuerdos conserva de la lucha presidencial entre don Vicente Reyes y don Federico Errázuriz Echáurren?

—Con entusiasmo combatí de parte de Vicente Reyes. Creíamos entonces que era el hombre llamado a ponerle atajo a la relajación administrativa que había comenzado durante el Gobierno de Santa María.

—¿Cuál ha sido el período más activo de su acción parlamentaria?

Probablemente fué durante la administra-



En su estudio.

fuyente en el gobierno, no repararon en hacerme blanco de una serie de historias y ataques.

Dice estas palabras don Enrique con un gesto de piadosa indiferencia como el que está muy alto, muy lejos del lodo que los enemigos pretenden arrojarle. Sin embargo, no brota de sus labios ni una palabra dura contra nadie, ni una frase hiriente contra algunos de sus contemporáneos: bien se ve que sobre el cristal de su corazón no se refleja siquiera una sombra.

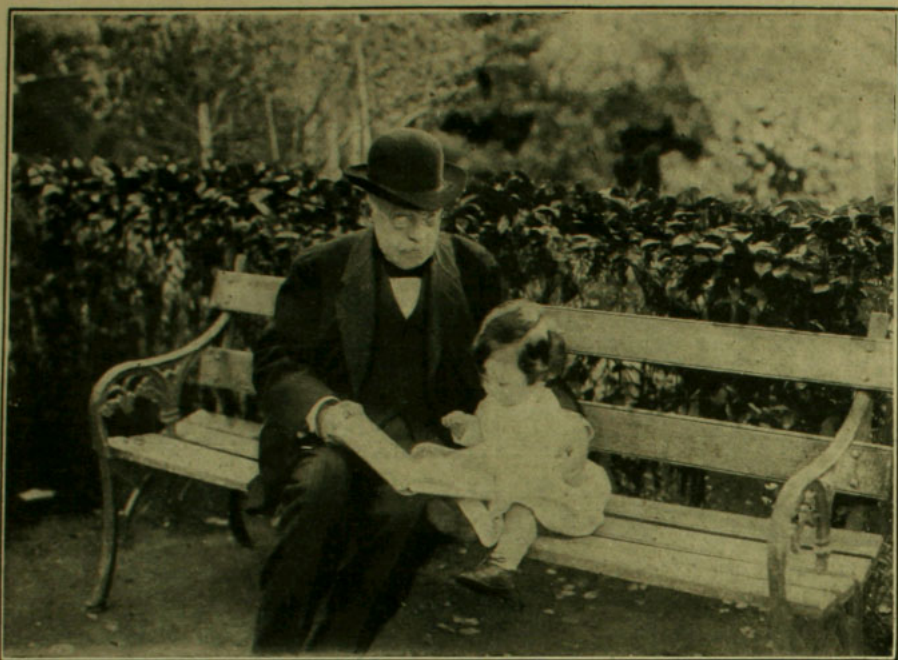
—¿Qué piensa usted del Gobierno del Presidente don Jorge Montt?

—Nunca he conocido a un hombre más deseoso del bien público y de la corrección y la honorabilidad suyas en todos sus actos.

ción Santa María y en las vísperas de la revolución de 1891.

—¿Cómo ha adquirido usted su cultura oratoria? ¿Se ha impuesto una disciplina rigurosa al respecto o es en usted una virtud natural? ¿Cuál son entre nuestros oradores aquellos que usted prefiere?

—Yo he hablado porque sí, como el pájaro vuela. Nunca he estudiado literariamente, ni métodos o modos oratorios. He admirado mucho siempre a los oradores franceses: la precisión y la admirable claridad con que exponen el argumento. El inglés es más difuso; en cambio, en el fondo de las ideas, los ingleses son admirables, aún en sus oradores que no son los principales. Los ingleses hacen una distinción entre los que llaman ora-



Don Enrique con su nietecito menor

dor y *debater*. . . Con temperamento oratorio entre nosotros he conocido muchos, hablo de los oradores parlamentarios, naturalmente: Santa María, don Manuel Matta, don Antonio Varas, han tenido grandes cualidades oratorias. Pero, a mí el que me ha agradado generalmente más por su forma, ha sido Lasterria; por su fondo, no; no sabía argumentar, no sabía exponer don Victorino. Como tribuno, el primero de todos ha sido Isidoro Errázuriz, y aún como orador parlamentario era grande; pero antes que nada era orador popular. Altamirano hablaba bien; Máximo Lira, habla admirablemente: me encanta oírlo. De los otros lados, literariamente, el primero de todos, aunque con su refinamiento excesivo, era Ambrosio Montt y por su refinamiento, su intención y aticismo Julio Zegers; don Domingo Santa María era un hombre que impresionaba: su figura, su manera de decir. Recuerdo que le oí un discurso en defensa de la Corte Suprema que me hizo mucha impresión; no lo he olvidado nunca. Generalmente en el orador parlamentario lo que

hace mayor efecto no es la forma, es el razonamiento; pero si a eso usted le agrega un sentimiento de lo que se está diciendo, algo que se comunice a los que lo oyen, entonces el efecto es extremado. En nuestras Cámaras corrientemente se habla muy bien. Luis Aldunate era un excelente orador; Domingo Arteaga razonaba admirablemente; Zorobabel Rodríguez tenía una dicción muy difícil pero razonaba muy bien. Quien recuerdo que hablaba con mucho sentimiento era Abraham König.

—Conoció usted muy de cerca a Robinet?

—Mucho le conocí. Es uno de los hombres de corazón más bondadoso que he encontrado: la abnegación en él era tan natural como las colores en las flores; él no hacía un esfuerzo al trabajar por el bien de los demás: satisfacía una necesidad de su naturaleza. Inteligente, activo, enérgico, leal hasta el extremo, hasta la muerte. Toda su vida vivió para los demás y se olvidó tanto de él que tuvo que salir trágicamente de la vida.

—¿Cuáles han sido sus ideales dentro del Partido Radical?

—Yo he sido hombre que he formado mis ideas creyendo que la organización política y social había de tener por base el principio de libertad y a él he servido y por eso he sido radical. Porque el radicalismo tradicional, el radicalismo inglés, el radicalismo de nuestros primeros hombres es el radicalismo de la escuela económica inglesa y el de la filosofía de Stuart Mill. Las necesidades y las imposiciones del industrialismo europeo que se ha convertido ahora en lo que se llama la cuestión social, no desmadrarán y no desmenten el principio de libertad, sino que obligan a transacciones con los hechos nacidos de ese industrialismo, y que no es posible desconocer ni desentenderse de ellos. En una palabra: he sido y soy liberal, por principios... radical. El radicalismo inglés no ha sacrificado sus principios a las excepciones: el problema obrero, el feminismo, los trata el radicalismo inglés tomándolos como hechos sin alterar sus principios, todo lo contrario de lo que sucede aquí, donde parece haberse tomado la forma del radicalismo francés que se ha hecho so-

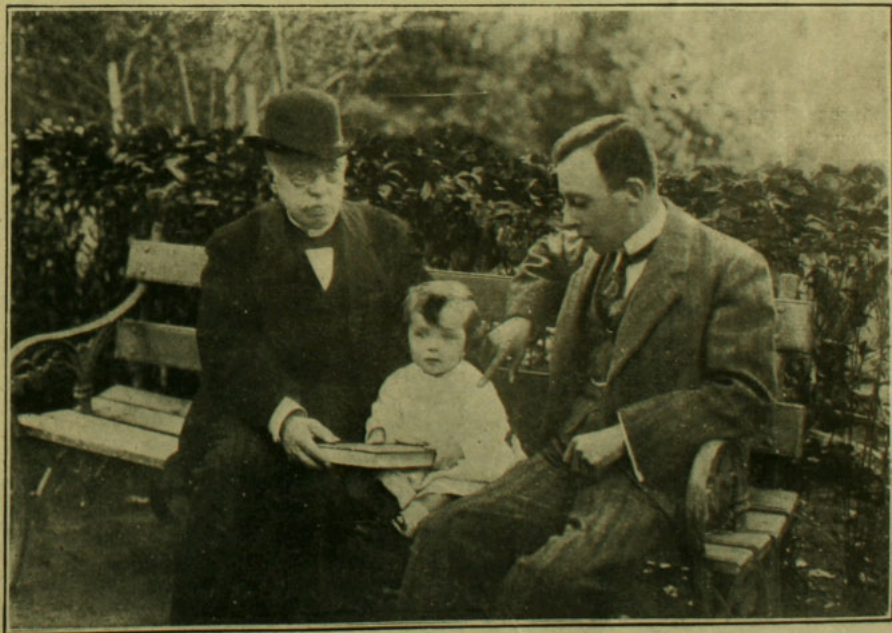
cialista. Se pueden tomar los hechos y trabajar por una causa pero sin alterar los principios. Hay aquí una anarquía de ideas: no existe la pureza de doctrina de hace treinta o cuarenta años... En seguida la instrucción, con este fraccionamiento de la enseñanza, ha perdido la síntesis de las cosas, y por lo mismo se han perdido muchos de los ideales. ¡Qué más socialismo que la beneficencia y la enseñanza superior! Y, sin embargo, nadie las censura. Es muy difícil, en los países nuevos, mantener ideales políticos.

—¿A qué se debe su alejamiento del Partido Radical?

—Mi alejamiento se debe a la salud, a las fuerzas; ahora he sentido las fuerzas físicas un poco disminuídas. Yo tengo la falta de modestia de pensar que con una acción enérgica podrían acentuarse las ideas y restablecerlas; pero, ¡allá se restablecerán ellas solas! La moda de hoy es la alemana: el estado; mañana volverá a ser la inglesa, el individuo.

—¿A qué atribuye usted nuestra decadencia parlamentaria?

—A dos motivos: primero a la venalidad



Don Enrique Mac-Iver con su hijo Enrique y su nietecito menor, hijo de su primogénito Malcolm.

electoral y en seguida al voto acumulativo. Hay que pagar la entrada al Congreso. Antiguamente usted veía otra manera de proceder. El Gobierno era el que gobernaba; el interés del partido que gobernaba era el de llevar la mejor gente al Congreso y el interés de la oposición era llevar también su mejor gente a las Cámaras. En el día de hoy no se busca la mejor gente para el Congreso sino que se busca lo que se puede; se busca al que pueda costear su elección; y, dependiendo la elección del dinero, no siempre va al Congreso lo mejor; los partidos no buscan lo mejor que tienen, sino lo que pueden. Además, hay una depresión general: no sólo ha bajado el nivel del Congreso sino que todos los niveles están de baja... Sin embargo, yo considero que el Senado de Chile, a pesar de todo, es una Cámara que hace honor al país y creo todavía que cuando no se trata de los que llaman aquí intereses partidarios o electorales, es la Corporación más sana y más levantada de la República. Es lo mejor que nos queda... es lo que nos queda. Yo he admirado mucho los discursos de Pancho Valdés, de Luis Claro, que demuestran una labor enorme por ilustrar al país en asuntos de tanta importancia.

Apenas termina estas sus palabras don Enrique Mac-Iver oímos unos leves golpecitos en los cristales de una ventana próxima:

una criada tiene en sus brazos a un nene rubio, que mueve sus bracitos como haciendo un ademán de llamar al abuelo. Y don Enrique, que está fatigado con el hablar sostenido, no vacila un instante: se alza de su asiento y va a la ventana desde donde el pequeñuelo le mira con sus ojos saltarines. Le insinúa dos o tres gestos de cariño y vuelve en seguida a su asiento, pero no ya con las pupilas fatigadas que han reflejado la visión de recuerdos tristes, sino que con los ojos alegres, vivos, que dejan trasparitar hasta el fondo de su corazón que en ese instante ha recibido un baño de ternura, que proviene no ya de los hombres entre quienes ha vivido y ha luchado sino del lindo nietezuelo que ignora estas rudas cosas de la vida. En su hogar, en la felicidad de su santo hogar, don Enrique Mac-Iver guarda el mejor tesoro para su noble ancianidad: cuando, fatigado de las pesadas labores del día; cuando las luchas mezquinas de la política se han desencadenado sobre su cabeza; cuando ha visto afuera, en la calle pública, en el Congreso, en las plazas, las agitaciones de las masas, las ruindades de los mal agradecidos que muchas veces alargaron la mano y siempre ignoraron lo que ella había recibido, entonces él se recluyó en su hogar y allí encontró el agua fresca de todas las ternuras que le hizo olvidar los sabores amargos de las pasiones, y allí encuentra hoy también el rayo de sol que alegra los años serenos de su ancianidad.

